

Lecciones militares de un conflicto

ANIBAL ROMERO

En este artículo nos proponemos las siguientes metas. En primer lugar, analizar las principales lecciones militares de la guerra en Las Malvinas. Por lo tanto, no comentaremos los elementos políticos y jurídicos del asunto, excepto en aquellos puntos en que hayan sido específicamente relevantes para las operaciones militares. En segundo lugar, deseamos discutir aquellos aspectos militares del conflicto que tengan especial importancia para Venezuela. En otras palabras, nuestro enfoque se caracterizará por su interés en descubrir aquellas enseñanzas que puedan traducirse de manera práctica para las Fuerzas Armadas Venezolanas en sus preparativos profesionales. Por último, queremos realizar las tareas mencionadas con el mayor esfuerzo de objetividad posible, conscientes de que, muy particularmente en esta materia, nada se gana con ocultar verdades, exagerarlas o distorsionarlas en función de principios ideales.

La reciente publicación del reporte oficial del gobierno británico sobre las "lecciones" del conflicto, la aparición de decenas de libros y artículos escolares en Gran Bretaña y Estados Unidos en torno al tema, y al paulatino flujo de información desde el lado argentino sobre las experiencias de la guerra, permiten adelantar algunas conclusiones acerca de una crisis que, sin duda alguna, constituyó el evento político de mayor impacto para la América Latina en 1982. En aras de una mayor claridad expositiva, dividiremos nuestra presentación en tres partes: los aspectos humanos, los aspectos técnicos (equipos) y los aspectos operacionales (estrategia y táctica), de la guerra.

EL FACTOR HUMANO

El ingrediente clave que, en última instancia, determinó la evolución de los eventos militares en Las Malvinas y el triunfo británico fue la superior calidad del entrenamiento, liderazgo y capacidad de acción conjunta de las tropas del Reino Unido sobre las fuerzas argentinas. No estamos haciendo aquí evaluaciones sobre la valentía individual en ambos bandos, ni es nuestra intención disminuir el coraje de numerosos soldados argentinos en la lucha. Se trata, in-

sistimos, de apreciar correctamente y sin dogmatismos las realidades de lo acontecido como único camino de aprendizaje para el futuro.

Esta guerra demostró una vez más que los mejores armamentos y las más brillantes tácticas no son sustituto del entrenamiento y profesionalismo de las tropas, las dotes de liderazgo y control de los oficiales, y la habilidad de sostener la cohesión de las unidades bajo las más adversas condiciones de combate. La disparidad en el nivel cualitativo de los combatientes se puso de manifiesto sobre todo en la lucha en tierra. Con la posible excepción de una unidad de la infantería de marina, las tropas defensoras argentinas no habían recibido entrenamiento en operaciones nocturnas y a bajas temperaturas. En cambio, las fuerzas invasoras británicas estaban espléndidamente preparadas para este tipo de enfrentamiento, y todas sus principales acciones se condujeron de noche. Es bien sabido que la mayor parte de las tropas terrestres argentinas consistían de conscriptos con sólo un año de servicio; en cambio, las unidades británicas estaban integradas por profesionales que sirven por períodos de entre 3 a 22 años, organizados en regimientos y unidades menores que se estructuran específicamente con el objetivo de desarrollar entre sus miembros estrechos lazos de solidaridad psicológica, para soportar mejor los horrores del campo de batalla.

El hecho es que, una vez que los británicos lograron desembarcar y establecerse firmemente sobre las islas, la guerra se decidió definitivamente a su favor, a pesar de los magníficos esfuerzos de la Fuerza Aérea argentina en las etapas finales de la lucha. A pesar de su superioridad numérica, las tropas argentinas pronto comenzaron a rendirse en cantidades sustanciales; y es interesante observar que, por cada conscripto muerto o herido en acción, al menos 15 o 20 rindieron sus armas. Este es un indicio inequívoco que señala la baja cohesión e ineficiente liderazgo proporcionado por la oficialidad argentina, y, desde luego, es también signo de una sociedad que se encuentra en guerra consigo misma. Si bien se tienen noticias de relativamente pocos casos de abierta insubordinación contra la oficialidad, la evi-

dencia suministrada hasta ahora por el lado argentino indica que en el transcurso de la guerra se presentaron serias tensiones entre soldados y oficiales, y se abrió aún más el característico abismo que les separa en los ejércitos latinoamericanos.

Otro elemento de gran importancia en el curso de la lucha, y que se relaciona directamente al factor humano, fue la incapacidad mostrada por el lado argentino para realizar operaciones conjuntas entre el ejército, la aviación y la marina. Cada fuerza realizó "su guerra" en forma aislada, revelando críticamente una de las deficiencias fundamentales de las organizaciones militares latinoamericanas: la rivalidad, independencia, y falta de eficaz entrenamiento para actuar coordinadamente de sus distintos componentes en tierra, mar y aire. En Argentina, el efecto corrosivo de estas luchas internas se ha acentuado por la reiterada (y catastrófica) participación militar en la política, y sus terribles efectos quedaron a la vista de todo el mundo. A esto se añadió la dificultad que encontraron oficiales de cada rama para adaptarse a difíciles condiciones de lucha luego de haber pasado años ocupando los más diversos cargos de toda índole, a raíz de la tendencia —que no existe entre los británicos— de rotar incesantemente a los dirigentes militares de un puesto a otro, sin tomar las más de las veces en cuenta las capacidades y aptitudes de los individuos para cumplir determinadas funciones.

¿Qué conclusiones pueden sacarse de lo expuesto hasta ahora? Se ha dicho que las ventajas británicas en el aspecto humano son intrínsecas a los ejércitos profesionales en combate contra tropas conscriptas. En líneas generales, hay mucho de cierto en esto; pero no hay que olvidar, por ejemplo, que dos de los ejércitos más eficaces de este siglo, el alemán y el israelita, han sido y son en buena medida conscriptos. Lo importante no es el método de incorporación a las Fuerzas Armadas sino la calidad del entrenamiento que se recibe adentro. El factor humano sigue siendo decisivo en la guerra, y las Fuerzas Armadas venezolanas deben hacer los mayores esfuerzos para analizar las lecciones que en este sentido suministra la



guerra de Las Malvinas, y proyectarlas sobre nuestras propias condiciones.

EL FACTOR TECNICO

Ya hemos dicho que, en nuestra opinión, la victoria británica en Las Malvinas se debió fundamentalmente al factor humano, es decir, a los aspectos de entrenamiento, capacidad de liderazgo y solidaridad psicológica de las tropas y oficiales en combate. Esto no significa, sin embargo, que subestimamos la relevancia del factor técnico en la guerra, o, en otras palabras, la influencia de diferentes armamentos en el curso de la lucha.

Este es el terreno donde se han hecho las especulaciones más infundadas en relación al conflicto, y en el cual es más fácil extraer "lecciones" ambiguas o plenamente erróneas. El más grave peligro está en atribuir cualidades casi mágicas a un determinado sistema de armas, o en "decretar" la "muerte" de

otros debido a la aparición de nuevos mecanismos de destrucción. Lo primero ha ocurrido en relación al misil "Exocet" y los aviones "Harrier". Sin duda, el "Exocet" demostró ser un arma muy poderosa cuando da en el blanco, y así lo hizo contra el "Sheffield" y el "Atlantic Conveyor". No obstante, hay que tener presente que, en el caso del "Sheffield", el misil tuvo éxito a pesar de que su cabeza explosiva de hecho no explotó, pero su combustible restante se encendió y prendió fuego al buque. En cuanto al "Atlantic Conveyor", se sabe ahora que ese "Exocet" fue lanzado por el piloto argentino contra el portaviones "Invencible", y luego "reorientado" por las contramedidas defensivas británicas hacia otra dirección. Con respecto a los "Harrier", es cierto que fueron responsables por la destrucción de mayor número (proporcionalmente) de aviones argentinos que los sistemas misilísticos "Sea Dart" y "Sea Wolf"

de los buques británicos, y los sistemas antiaéreos "Rapier" y "Blowpipe" de las tropas terrestres; sin embargo, hay que tomar en cuenta, antes de sacar conclusiones apresuradas, que los aviones atacantes argentinos estaban actuando en el límite de su capacidad operacional, lo cual disminuía notablemente su eficacia. En ambos casos, la eficacia de los armamentos debe medirse en relación a un contexto: respecto al "Exocet", debe recordarse que los británicos no contaban con radar de "alerta temprana" para interceptar a los "Super-Etendards" que transportaban el misil. En cuanto a los "Harrier", deben apreciarse las circunstancias en que pelearon los pilotos argentinos, muy lejos de sus bases, y con aviones armados principalmente para atacar buques y no para el combate aéreo.

Las armas son importantes, pero los hombres son decisivos. Una cosa son las armas y otra el uso que se haga de ellas. De nada vale poseer armamentos muy avanzados si no se está en capacidad de emplearlos, mantenerlos y reemplazarlos adecuadamente. Por último, las armas (como la guerra misma) son instrumentos, no fines en sí mismas, y lo fundamental es que se adapten a la misión específica para la cual se les adquiere y al escenario de guerra para el cual se hacen los planes. Todas estas verdades se comprobaron una vez más en Las Malvinas, y en ningún terreno con más fuerza que en el naval. Aquí sí puede afirmarse que hubo una significativa superioridad tecnológica del lado británico; sin embargo, ello no debe ocultar los errores y deficiencias de la marina de guerra argentina, que hasta cierto punto reflejan los de otros cuerpos navales de combate latinoamericanos. El elemento clave que "neutralizó" a la marina argentina fue la amenaza de los submarinos. Después del hundimiento del "Belgrano", esta rama clave se retiró, aparentemente, de batalla. ¿Qué ocurrió con los excelentes submarinos de fabricación alemana en poder de la Armada Argentina? ¿Cumplieron algún papel? ¿Por qué fueron incapaces de atacar a la flota británica? ¿Cómo se explica que la Armada Argentina no haya podido desplegar la más mínima capacidad anti-submarina en una guerra en la cual ésta era una dimensión crucial?

Estamos seguros de que las respuestas a estas preguntas revelarían que la marina de guerra argentina no estaba preparada para afrontar un escenario de batalla como el que se presentó en

torno a Las Malvinas. Su portaviones, el "25 de Mayo", fue una patética ilustración del error, característicos en nuestros países, de adquirir armamentos por razones de "prestigio", sin una idea clara de la misión que van a cumplir. El "25 de Mayo" fue un elefante blanco nadando en el mar.

Creemos que, en el campo tecnológico, dos de las lecciones más relevantes fueron, por un lado, la vulnerabilidad de los buques de guerra a los ataques aéreos a baja altura, a pesar de la sofisticación de los sistemas misilísticos antiaéreos; y, en segundo lugar, la adaptabilidad de los equipos terrestres británicos (carros ligeros de combate, helicópteros de transporte, artillería de tiro rápido y misiles "Milán") para las condiciones específicas de esta guerra. Para la armada venezolana, lo ocurrido a los buques británicos repetidamente alcanzados por el hábil bombardero argentino, debe ser motivo de un cuidadoso estudio. ¿Cómo mejorar las defensas de nuestras poderosas fragatas, tanto anti-aéreas como antisubmarinas? ¿Cómo debe intervenir nuestra Fuerza Aérea, en caso de conflicto, para minimizar los riesgos a nuestros buques? Por otra parte, ¿qué tan adecuados son los equipos pesados de nuestro ejército, por ejemplo, los tanques AMX-30, para actuar en el terreno y circunstancias más probables de acuerdo a las hipótesis de guerra de Venezuela? ¿Convendría que las diversas ramas de nuestras Fuerzas Armadas contribuyesen, en conjunto, a tomar decisiones sobre la adquisición de equipos de gran envergadura (fragatas, F-16, AMX-30), en lugar de decidir individualmente y sin coordinación, como ahora ocurre? Todas estas preguntas deben recibir una clara e inequívoca respuesta, pues así lo demanda la defensa del país.

EL FACTOR OPERACIONAL

Uno de los "misterios" de esta guerra, que seguramente —dado el carácter "cerrado" de la institución armada argentina, y su renuencia a ir hasta el fondo en la asignación de culpas por su fracaso— es el siguiente: ¿Por qué la Junta Militar, una vez ocupadas las islas, no trasladó el poder aéreo argentino a Las Malvinas, ampliando la pista en "Puerto Argentino" y estableciendo toda la infraestructura necesaria para sostener operaciones desde allí? El poder aéreo era la "carta de triunfo" de Argentina, el instrumento básico en cualquier intento de detener el desembarco británico e infligir pér-



didas insostenibles a la flota. No obstante, el potencial del arma aérea sólo podría haberse desplegado plenamente desde las islas, y no desde el territorio continental argentino.

No conocemos las motivaciones de este crucial error estratégico. Tal vez la junta militar siempre estuvo convencida de que los británicos no llegarían hasta el final en su esfuerzo de recapturar Las Malvinas. O quizás, y esto es más probable, las dificultades logísticas de la empresa, la exigencia de acondicionar las pistas, transportar los aviones y su infraestructura de mantenimiento, y alojar adecuadamente a los pilotos y el aparato técnico de respaldo (y todo ello en corto tiempo) se mostraron insuperables.

De haber sido así, la lección es clara, y se ha repetido a lo largo de la historia de la guerra: el soporte logístico es el "corazón" oculto de las operaciones exitosas. De poco valen tropas y armamentos sin el apoyo de un aparato eficaz que las transporte, alimente, mantenga, y les proporcione los suministros necesarios para entrar en acción por el tiempo que se requiera. Nunca será superfluo repetirlo: la logística es la sangre en las tormentosas venas del cuerpo bélico. Si la Fuerza Aérea argentina hubiese operado desde las islas, estamos convencido de ello, la "Fuerza de Tarea" británica no habría podido reconquistarlas.

Desde el punto de vista operativo, la segunda lección que cabe recalcar tiene que ver con los métodos empleados por los británicos: la acción de re-

captura de Las Malvinas constituyó un brillante ejemplo de la así llamada "Estrategia de Aproximación Indirecta", cuyo más destacado proponente teórico en nuestro siglo ha sido un inglés: Basil Liddell Hart. Sus componentes son simples, pero efectivos: sorpresa, rapidez, flexibilidad, maniobra. Golpear al adversario donde menos y cuando menos lo espera; "sacarlo de balance", presionarlo psicológicamente (con ataques nocturnos, por ejemplo), y no darle tregua. Eso sí, se trata de evitar batallas "de desgaste", de destruir los "centros nerviosos" y hacer sentir al contrario que su posición es desesperada.

Cualquier analista que se tome el trabajo de estudiar en detalle el sistema operacional puesto en acción por los británicos en Las Malvinas, descubrirá sin duda los principios de la "estrategia indirecta" traducidos, con extraordinaria eficacia, a la práctica concreta del combate. Frente a este tipo de ofensiva, las fuerzas terrestres argentinas opusieron una defensa estática, que fue presa relativamente fácil de los "trucos" tácticos de la guerra de movimientos.

La guerra es un fenómeno complejo, donde el azar tiene un rol inevitable. No obstante, en ella triunfan los que entienden y aceptan las realidades de su explosiva química. De nada sirven los lamentos, los insultos contra el adversario, las retóricas expresiones de agresividad. Hay que ser firmes, y hay que ser valientes para aprender. Esta es, quizás, una de las más elevadas expresiones del coraje.